

«Un Tapatío rumbo a los altares»

Don Federico de Aguinaga Lopez, Siervo de Dios

2. Federico Niño

Nada en particular. Un chiquillo en el barrio del Santuario de Señor San José, como todos.

La casa debió ser más bien modesta, pues la familia que tuvo nombre y relieve económico, había venido a menos, y muy a menos, según las argucias que doña Carmelita López, la señora de aquel hogar, tenía que poner en juego para sacar adelante los gastos de la familia.

A pesar de la estrechez económica en que habían caído sus padres, el niño Federico tenía frente a sus amigos del barrio, sus compañeros de escuela, un aire de distinción. Las buenas maneras, el porte y la clase se llevan en la sangre. Por lo demás, era como todos, un niño juguetón, alegre y amistoso. El pantalón corto le permitía doblarse y raspar las rodillas para dirigir las

canicas con tiro certero en el recreo de la escuela. “La chagolla, no entra en l·olla”.

La Guadalajara de su infancia, principios del siglo pasado, vio al niño Federico vivir una vida tranquila, en la paz de la provincia, en el silencio de los días, en el toque de las campanas –San José, San Diego, el Santuario, La Soledad, Catedral-, al llamar a las misas mañaneras y en la tarde, al rezo del rosario. El niño, de la mano de su madre, anduvo por esas calles camino del templo, en una práctica piadosa que pudo servir de ejemplo a las familias del barrio y a la chiquillería de la manzana. **(Continuara...)**